

rios, empeñados hace ya un siglo en alabar sin tregua y sin descanso el nombre de Antonieta, y en pedir para ella eclesiástica bula de canonización, dicen que, si no faltó á su marido nunca, lo ponía en ridículo siempre. Unas veces, adelantaba el reló para que Luis se acostase, y pudiese ir de aventuras ella en compañía del grupo cortesano, que por doquier la seguía con ruido increíble; otras veces, daba el escándalo de volver tan tarde á Palacio, en compañía de su calaveresco cuñado Artois, que cerraban á su coche la puerta principal y á su persona la escalera regia, debiendo entrar por las puertas excusadas y subir por las escaleras de servicio; ya representaba sensuales pasillos, que hubieran avergonzado á un carretero, y ya bailaba en orgías donde se jugaban fortunas cuantiosas y corría el vino á raudales, llegando el renombre de sus placeres al extremo de que su hermano José la reñía fuertemente por pasar su vida en devaneos impropios de su alta posición y tratarse con toda la canalla de París, que conocía el fiacre donde ocultaba su rango en orgiásticas noches de carnaval y la silbaba en los bailes de la Grande Ópera. Mas, si hubiera sido la vida privada únicamente lo enfermo y desarreglado en Antonieta, privativo asunto era éste de su cónyuge; pero, lo peor para el Rey estaba en la vida regia de la Reina, en el proceder y sistema suyos, en la obra política. Por comprar un palacio y un jardín, arrojó del poder á Turgot, que hubiera impedido la revolución por medio de las reformas y dió el poder á Calonne que arrastró las rentas públicas á su ruina y desató sobre Francia el diluvio de la revolución. Por mantener su imposible autoridad absoluta, combatió primero los Parlamentos, después los Notables, al fin los diputados. Por decir gracias y frases sarcásticas, echó al duque de Orleans en brazos de la revolución, y por representar en el teatro, amparó ante la curiosidad parisién los dramas revolucionarios que la malherían y la deshonoraban. Ella engendró las sospechas del pueblo, poniendo en público la cara que puso el día de la congregación primera del Constituyente Congreso; ella trasladó el trono de Versalles á París, concitando contra la libertad los guardias de Corps y haciéndoles pisotear la divisa tricolor; ella conñabuló torpemente la huida nocturna que trajo una suspensión del poder monárquico asesina, y un irremediable rompimiento de la necesaria inteligencia entre el trono y el pueblo; ella concitó la Europa entera contra el estado francés y contra sus propios súbditos, sin darse cuenta de que perpetraba una traición abominable y se perdía sin remedio ante la posteridad y ante la Historia; ella urdió aquel manifiesto de Brunswich, tan insolente y tan descabellado, no escrito por el mariscal soberano, puesto á su firma por el caballero Fersen, quien parecía destinado á perder la pobre regia víctima, tanto con sus galanteos como con sus consejos y con sus servicios; ella disuadió á la mayoría del Congreso Constituyente de hacer una Constitución prudentísima, creyendo la Constitución de mayor fugacidad cuanto de menor conciliación; ella prefirió que sus partidarios corrompiesen á sus enemigos en el secreto de las conjuras á que los vencieran en el espacio de los comicios; ella entre Lafayette y Dantón

optó por Dantón; ella entre un alcalde constitucional Bailly, que había llevado la defensa de su autoridad y de su nombre hasta verter en el campo de Marte sangre francesa, y Pétion, Alcalde predilecto de los jacobinos, optó por el Alcalde predilecto de los jacobinos; ella nombró el Ayuntamiento, erigido luego en dictador, aconsejando á sus amigos lo votaran por pesimismo, aquel ayuntamiento que le asestó el desacato de Junio, que le armó la revolución de Agosto, que la impelió de las Tullerías al Congreso, y del Congreso al Temple, y del Temple á la Conserjería, y de la Conserjería y sus calabozos al cadalso. Pero sigamos la biografía de María Estuardo para ver en ella el horóscopo de Maria Antonieta. Ya hemos visto á la Reina de Escocia presa.

Al par de María, su marido, Bothwell, caía en manos del nuevo gobernador de Escocia. Retirado á sus tierras, después de la rota, que le separó para siempre de su mujer y de su Reina, sostenía los últimos restos de la tradición y poder feudales bajo las plantas y su diadema nobiliaria sobre la cabeza. Medio pirata y medio bandido, combatía en mar y tierra por su vida y por su libertad. El nuevo gobierno había mandado contra él ejército y armada, que le cercaran y lo prendieran sin piedad. Pero él se defendió como feroz alimán en mar y tierra. Mantenía con arrogancia en las islas próximas á sus dominios; y casi mandaba una escuadra. Cuatro buques le acompañaban en el momento de su perdición. Tres se fueron á pique, por el empuje de sus perseguidores; y el cuarto, donde se hallaba de pie y peleando, hubiera sucumbido también, de no encallar en aquellos escollos la nave capitana de sus enemigos. Entonces, conociendo que nada podía contra la fatalidad, se puso en cobro, y se dió á merced por completo de las olas y de los vientos. Una tempestad le sobrecogió en alta mar y le arrojó sobre las costas de Noruega. Visitado allí por un navío danés; como no pudiera justificar ni su procedencia ni su rumbo, ni el término de su viaje, cogieronle preso y entregáronle al Rey de Dinamarca, quien lo enterró vivo en áspera fortaleza, donde pasó nueve años de rabia y desesperación, muriendo al cabo consumido en las llamas de su propia cólera. Mientras tanto, se agravaba cada día más el cautiverio de María. Ni sola querían dejarla, para que no tuviese, no, el acompañamiento siquiera de sus ideas y de sus recuerdos. Las hijas de sus carceleros dormían, para celarla mejor, en su propio calabozo y junto á su pobre lecho. Si alguna vez osaba escribir con recelo á sus hermanos los Reyes de Francia, tenía que valerse de algunos instantes robados al sueño. Ninguna esperanza hubiérale sonreído, á no tener tantos medios de seducción y halago en su persona, pues puede asegurarse y decirse que ha seducido y halagado á la posteridad y á la historia. María Estuardo era la seducción en persona. Muchas veces lo hemos dicho y ahora lo repetiremos; la fábula de las Sirenas antiguas se cumplía y realizaba en su historia. La terrible parca vieja y desdentada, que la tenía bajo su poder, habitaba con el más mozo de sus hijos, con Jorge Donglas, hermano del regente. No pudo la noble carcelera impedir á la presa comunicaciones más ó menos rápidas con su hijo, y

en estas comunicaciones cayó el joven prisionero á su vez de tanta y tan seductora hermosura. María, que lo acechó con cuidado, atisbando el nacimiento de su pasión alimentada con furtivas promesas y esperanzas, aseguróle que se rendiría por completo á su merced y arbitrio, si le procuraba la querida libertad. Desde la hora y punto de tal promesa, Jorge Donglas, á fuer de caballero y enamorado, no pensó en la cólera de su madre la implacable carcelera, en el poder de su hermano el regente Murray, en la suerte de su familia, en la fidelidad á su monarca, en la paz de sus conciudadanos, ¡ah! sólo pensó en la satisfacción de su amor. Y cierta mañana entró en el calabozo la pobre lavandera del castillo, comprada por Jorge, y le propuso á la Reina el cambio de vestiduras. Cambiaron seguidamente; y María se puso sus tocas, recogió sus talegos, echóse un pañuelo tupido por la cara, y pudo pasar por todas las puertas y embarcarse, libre y salva, en esquife del sereno lago, que la conducía directamente á los bordes más próximos, donde la esperaba su amante y libertador á caballo. Gozaba la Reina del aire libre, del cielo azul, del gorjeo universal entonado por los pajarillos en plácida mañana, del choque de los remos con las cristalinas aguas, del deseo cumplido y realizado, cuando su eterna seducción la perdió. Los bateleros, que habían conducido sin reparar en su porte á la pobre lavandera real, pararon mientes en el apuesto porte de la regia lavandera fingida. Uno, el más audaz entre todos, llevó la mano al pañuelo para ver el hermoso rostro, acusado por tan excelente figura. Y ella, para defenderse, naturalmente de la indiscreta curiosidad, sacó una mano fina y blanca, segura delatora de su condición y de su alcurnia. Dudaron un momento entre las súplicas de María y el terror á su carcelera, pero venció éste y volvieron otra vez á su prisión la prisionera. En vano endurecieron y agravaron su cautiverio. Jorge Donglas había jurado á su amor salvarla, y no perdonó medios. Entre otros muchos, apenas concebidos y abandonados, encontró uno fácil por extremo, la seducción de cierto pajecillo, muy amado en su familia y que no podía inspirar temores ni sospechas. Este paje, á la hora de comer en que toda la familia estaba reunida y María sola, puso una servilleta sobre las llaves colocadas junto al plato del gobernador de la fortaleza y las distrajo con arte. Seguidamente se fué al cuarto de María; la guió por los largos corredores; la sacó por las puertas franqueadas todas á su industria; la condujo á preparado esquife; la transportó á la cercana orilla; y la confió á manos de Donglas, quien la puso en salvo, acompañándola hasta el castillo de Hamilton, fortaleza del jefe de sus defensores. María levantó la bandera á su autoridad propia; y en una semana reunió alrededor de esta bandera valeroso y entusiasta ejército. Pero tal ejército fué bien pronto alcanzado por el regente y puesto en rápida é inapelable derrota. María no pudo ya quedar en Escocia. Nuevamente vencida, decidióse por salir de aquella tierra maldita para su Reina. Con el corazón despedazado llegó al golfo de Solway, donde, en triste barca de mísero pescador, se embarcó y fué á dar en las costas inglesas de Cumber-

land y á ponerse bajo el amparo de su eterna enemiga la implacable Isabel de Inglaterra.

Terrible la protectora escogida por María en trance tan supremo de su historia, pero no menos terrible la protegida, que cayera entonces bajo el poder de Inglaterra. María se refugiaba en el corazón de una Reina rival suya por tantas y tantas causas, políticas las más, peculiares al sexo las menos, pero todas igualmente graves. Y la orgullosa y maquiavélica Isabel, atenta siempre al brillo de su corona y al honor de su nombre y al crédito de su política, recibía entre las manos aquella tea de discordia, á la continua humeante y encendida, capaz de abrasar, no las dos islas británicas tan sólo, toda la tierra europea. Mal aconsejó su intento á María Estuardo, móvil é imprevisora mujer, arrastrada por los torbellinos de sus sentimientos á las más locas aventuras, y caída de las más locas aventuras en las más merecidas desgracias, impulsándola sin reflexión á entregarse sin precauciones al arbitrio de quien la envidiaba por hermosa, la tenía por rival y la odiaba por católica, odio tanto mayor cuanto que veía en aquella enemiga de su persona y de su familia, por las bárbaras leyes de la herencia monárquica, nada menos que la sucesora única del eminente trono británico y de su autoridad y de su gloria. Y en tal estado de ánimo recibía Isabel con la Estuardo aquella campana de rebato que sólo acertaba con lengua resonante á lanzar por el mundo ecos de discordia, cuyos estragos lo mismo se dilataban por el archipiélago inglés, que por todas las naciones europeas, aún las más oscuras y remotas. Para María Estuardo, Isabel era una especie de tutora peligrosísima y ceñuda; mas para Isabel, protestante, inglesa, rival de Francia, enemiga de España, María Estuardo era la incesante amenaza de su trono, la discordia civil en su patria, el alma de los católicos escoceses, el terror de los luteranos británicos, la cabeza de un partido poderoso y hostil á la monarquía y á la Iglesia existentes, la fiel aliada de Felipe II, la sobrina carnal de los Lorenas, la fomentadora del partido liguero, la cómplice de las guerras españolas en los Países Bajos, la hija predilecta del Papa, su mayor enemigo, la reina verdadera de los Lores católicos mal sometidos todavía, el espectro de la guerra interior y de la guerra continental con todo su cortejo de crímenes y horrores. En el tiempo larguísimo de su cautiverio, desde que arriba la infeliz á Carlisle hasta que muere bajo el peso de tantas y tan tremendas acusaciones, y bajo la letra de tantas y tan horribles sentencias en el castillo de Fotheringay, pasan catorce años de incidentes, á cual más terrible y amenazador, en los cuales incidentes corre peligro muy grave la existencia misma de Isabel, y pasa por crisis graves la tranquilidad y el orden de Inglaterra. María, desde su prisión, maniobra en Escocia contra su propio hermano Murray, el regente; y contra su propio hijo y heredero, Jacobo VI, el monarca; subleva las tribus del Mediodía en su reino y pone al frente de tal sublevación Lores poderosos; promueve perturbaciones grandes en los dominios mismos de Isabel, prometiendo su mano al ambicioso duque de Norfolk é incitándole á organizar facciones poderosas; levanta una subleva-

ción católica en el Norte de Inglaterra para retroceder al viejo culto y reinstalar en sus privilegios á la oprimida nobleza; erige con estas increíbles temeridades aquellos patibulos, donde mueren tantos patricios ingleses: impulsa la invasión de Inglaterra por los ejércitos irregulares de los klanes de Escocia; trama con el Papa Pio V y el Rey Felipe II en las célebres confabulaciones de Ridolfi nada menos que la ruina del trono inglés y de la religión luterana; sostiene todas las resistencias de las familias feudales contra la unidad del Estado, así en la Gran Bretaña como en su propio patrimonial reino; enciende la universal reacción jesuitica; excita las invasiones proyectadas por España y por los Guisas; llama repetidas veces al Gran Alejandro Farnesio para que vibre y esgrima su espada invencible contra su regia carcelera; entra en una conspiración urdida para destruir el poder inglés y asesinar á la Reina Isabel, sin darse punto de reposo; tan activa, tan tenaz, tan fuerte, tan móvil, tan ciega, tan temeraria, tan pagada de sí misma, tan imperiosa, como si en vez de habérselas con su eterna enemiga, estuviera en la cumbre del trono y al frente de sus cortesanos y de su ejército.

Dada la naturaleza del tiempo, las ideas entonces reinantes, que componen una especie de clima espiritual, como los fluidos componen el clima físico, la Reina de Inglaterra no podía sino apresar aquella implacable y eterna enemiga, teniéndola bajo su poder y usándola en servicio de su política y de sus intereses. Dígase cuanto se quiera de aquellos tiempos, la conciencia moral no estaba completamente segura de sí misma y la razón humana, en realidad, no resplandecería de la suerte y guisa que hoy resplandece. La guerra entre las ideas tenía mucho de ceguera y de la crueldad que tiene la guerra entre las especies. El enemigo no se satisfacía con desarmar al enemigo; lo exterminaba. La intolerancia prevalecía en todas las religiones. El derecho de la razón á pensar y el derecho á creer de la conciencia se desconocían por completo. Un Papa tan austero como Pio V, bendecía un asesino cual pudiera bendecir un cruzado. Poniase á precio entre los protestantes la cabeza de los Guisas; y, entre los católicos, la cabeza de los Colignys. Felipe II rociaba con agua bendita el papel que guardaba un proyecto de asesinato. Poniase Catalina de Médicis á la cabeza de una matanza, como pudiera ponerse á la cabeza de una fiesta. Tomábase la política por cosa tan ciega, tan cruel, tan fuera de la moral y del derecho, tan sujeta de suyo á la fatalidad, tan opuesta del todo á los principios universales de la razón humana, que le bastaban todos los medios con tal que los justificase la victoria. Isabel Tudor, á quien podríamos llamar la Felipe II del protestantismo, rígida, fría, indiferente al bien y al mal, maquiavélica por complexión y por naturaleza; en sus miradas, elevada; en sus ambiciones, grandiosa; hecha y compuesta por el destino para la guerra universal; sin escrúpulos de ningún género cuando se trataba de su causa y de su fe; sin respeto á ninguna ley moral ni á ninguna consideración humana, cuando se trataba de la fuerza de su monarquía y del prestigio de su propio nombre; al hallarse frente á frente de

aquella mujer que había cedido la corona escocesa y hasta la corona británica, unas veces á Francia y otras á España; de aquella mujer, que le trajera dentro del reino guerras civiles, y fuera del reino guerras continentales; de aquella mujer, entregada por su nacimiento y por sus creencias á los Papas, á los Guisas, á los Austrias, á los Farnesios, á todos sus enemigos irreconciliables; al encontrársela, tras una larga década increíble de combates, cada vez más arrogante; ocurriósele por fuerza lo que se le ocurre aquí en el Universo á una especie con otra especie enemiga: exterminarla. No miremos de ningún modo si tuvo razón ó no la tuvo, si buscó pretextos ó encontró motivos para su proceder implacable; no miremos la composición de los tribunales ni la naturaleza ó índole de los jueces: aquella máquina de acusar y de proceder y de matar á María Estuardo no fué una máquina de justicia, ni aquél proceder fué un proceso, no; aquello fué un combate, donde reinaba la fatalidad y se iba en pos, ó de la victoria ó de la muerte; y le tocó morir á María Estuardo. Acusada por sus propios enemigos de premeditar un asesinato en su prisión, para deshacerse de la Reina Isabel, no hay que decir cómo la tratarían; condenáronla irrevocablemente. Era el primer día de Febrero, en el año 1586, cuando Davyson, secretario de la Corona, se presentó en el palacio de la Reina Isabel, para llevar á su firma la orden de matar á María Estuardo. Isabel había pretendido que diesen tal orden los ministros, sin atender absolutamente para nada ni á su autoridad, ni á su nombre, como cosa por ellos urdida, y bajo sus responsabilidades propias perpetrada. Pero los ministros, concedores de los antiguos proceder de la Reina, temieron, y con fundamento, que si, tras la muerte de María, se levantaba en el mundo una grande indignación, Isabel se lavase las manos, y los inmolara en holocausto á sus propias excusas y á su premeditada defensa. Así es que pidieron su firma; y mal del grado de la Reina, llegaron á obtenerla. Isabel, en su recelo de la reprobación europea, quiso libertarse del peso abrumador que sobre sus hombros echaba el cautiverio de María, por procedimientos más eficaces y menos solemnes que una causa y un suplicio. Bajo tal idea, dirigió insinuaciones á Paulet, el carcelero de María Estuardo, á fin de que la matase, como pudiese matar una fiera. Mas el carcelero, persona de corazón duro y de conciencia clara, dijo que debía á la soberana bienes y vida, pero no el honor; y que deshonorado iba de seguro á pasar por la tierra y por la Historia, si cometiese en débil mujer indefensa cruel asesinato. Viendo, pues, que no le quedaba ningún otro medio, y que sus ministros y sus servidores pedían las fórmulas de justicia para justificar la muerte, deploró el absolutismo de su poder, como lo deploran todos los déspotas, cuando les aflige con su exceso; y dió la repugnante orden con dolor, creyéndose justificada por la inevitable necesidad. Más de sesenta días pasaron, sesenta días mortales, entre la notificación de la sentencia en el calabozo y su terrible cumplimiento. La infeliz víctima no tuvo más consuelo en aquellos dos meses que la vuelta de su confesor, arrebatado por la intolerancia del protestantismo á su conciencia, y el reintegro de sus